



LAS CRÓNICAS DEL AGENTE PASTRANA

SEUNPH
Editorial

Cisne Negro

Hace más de un mes publicamos una crónica que retrata lo que los policías viven en calle, la aventura que significa ser un funcionario al servicio de la ciudadanía hondureña. Fue escrita por un misterioso autor que esconde su identidad haciéndose llamar el Cisne Negro. Los protagonistas de esa historia son el clase 1 Pastrana y su compañera de trabajo, la agente Díaz Girón. Ahora ofrecemos a los lectores una nueva historia de las aventuras del policía Pastrana, que emprende un viaje repentino hacia Europa y allí vive aventuras extraordinarias, extrañas y hondureñas. La historia siempre es escrita por el misterioso Cisne Negro, cuya identidad no nos queda más que tratar de adivinar. Descubra el lector este relato y trate de buscar en él pistas que puedan conducirnos a identificar al huidizo Cisne, aficionado a esconderse y contar historias desde la bruma del anonimato.



ESE PÁJARO ES MÍO

El clase 1 Pastrana se paró frente al avión y sintió miedo. Pensó que iba extrañar el humo de Comayagüela, los gritos de los conductores y, claro, la sonrisa de la agente Díaz Girón. Recordó la vez que persiguieron, como copilotos en las motos de dos ciudadanos voluntariosos, a un ladrón cerca del Estadio Nacional. Es tigre Diaz Girón, se dijo cariñosamente. En ese momento nunca hubiera pensado que una niña terminaría robándole y que un mensaje le causaría tanta risa y tanta cólera.

El comandante lo había llamado y simplemente le había dicho “usted va para Europa mañana, Pastrana”. Él sintió el resplandor del asfalto, el calor del mediodía que subía desde sus botas tácticas hasta la coronilla de la cabeza, donde se encontraba con los rayos del sol de agosto, y alcanzó a mirar cómo un ciudadano le sacaba el dedo índice a otro desde la comodidad del aire acondicionado de su vehículo.

—Entendido, señor.

— Pase a recoger el boleto. Va a estar un mes allá capacitándose sobre cómo el cambio climático genera delincuencia. Póngase tigre que todo lo que aprenda allá tendrá que usarlo para mentorizar a sus compañeros cuando regrese acá.

Eso lo había traído a las puertas de este avión, pero antes a la sala de espera de un aeropuerto que le recordaba la estación de buses del mercado —aunque sin el olor a ciudadano asoleado—, al carro de un amigo que le había dado jalón y a la posta donde guardaba sus pertenencias en la maleta vieja que ahora llevaba en la mano.

— Ya estaba un poco arrepentido de caminar hacia el tubo de metal donde volaría nueve horas sostenido sobre nada. Incluso las calles de Comayagüela le parecían ahora más seguras.

Se detuvo a comprar un café en el Espresso Americano, mientras alguien decía “grupo dos por el altoparlante” y todos corrían hacia la puerta de embarque, como si no hubiera suficientes asientos en el avión. Miró su boleto: Asiento 20G, al centro, tendré que aguantar las ganas de mear, pensó. Le dio ganas de pedir rebaja, pero ya era demasiado tarde.

—No podía llamar al comandante y decirle “Señor, no puedo ir porque tengo problemas familiares”, después de todo ya tenía listo su uniforme diario, sus pantalones más elegantes, sus camisas de salir y sus dos pares de calcetines en la maleta. Allá compraré unos calzoncillos europeos había pensado mientras metía todo con orden aprendido en la maleta.

Se sentó, sacó las mamas que había comprado en la pulpería de doña Chona y volteó para ver la fila. Entonces miró a la niña, Tenía cara de pasajera.

—Señor, usted me cae bien, así que quiero venderle este pajarito.

—Era un ave de madera con un imán, uno de esos adornos innecesarios que se pegan en las refri.

— No tengo dinero, hija

— contestó Pastrana.

— Como usted me cae bien, se lo voy a regalar entonces.

— No puedo aceptarlo --hija.

— Yo se lo regalo, señor.

— Y a cuánto lo vendés

— 100 lempiras.



- No tengo tanto dinero,
- Es que yo se lo voy a regalar.
- Está bien, te doy 50 por él.
- No, señor, yo se lo regalo.
- No puedo aceptarlo, tomá, deme el vuelto.
- No tengo dinero, señor, no puedo darle los 50 vuelto.
- Está bien, dame el pájaro y quédate con los cien.
- Gracias, señor.

Pastrana tomó el pájaro. Era una guara. Las alas temblorosas estaban hechas de resortes. Era bonito e ingenioso, pero no valía más de 30 pesos. La niña se fue hacia el Espresso y compró un Mocaccino Supremo, luego caminó hacia la fila. Pastrana no se sintió estafado, más bien tenía la impresión de haber hecho un bien. Se sentía tan feliz que al principio no escuchó a la mujer que estaba parada junto a él.

—Disculpe, señor, ese pájaro es mío, es un regalo para mi hijo, se me cayó, lo he buscado mucho por el aeropuerto, no pudo dejar de llevárselo a mi hijo—.

Habla con unas erres extrañas, quizá alemanas o rusas, pensó Pastrana con sus pocos conocimientos de los acentos del mundo.

—¿Perdone?

—Señor, le digo que ese pájaro es mío.

—Y cómo sabe que es su pájaro.

—Porque tiene escrito el nombre de mi hijo en el pecho, Fabián, se lo compré así.



Pastrana volteó el pico del pájaro hacia arriba y leyó lentamente, como si estuviera escrito en otro idioma. Tiene razón, pensó, y giró la vista hacia la fila, hacia donde se había dirigido la niña. No la vio. La señora extendió la mano, Pastrana le entregó el pájaro con una sonrisa.

— Qué bueno que su hijo estará feliz, señora. Lo acabo de encontrar botado, pero me alegra hallar al dueño — esto es lo que hace un buen policía, se decía en su mente.

La señora le dijo gracias, tomó el pájaro y se fue hacia la fila. Pastrana miró el celular, abrió el wasap y leyó el último mensaje de la agente Diaz Girón. Se recostó en la silla. No podía creerlo. Estaba enojado, pero lo que leyó le pareció tan tonto que también le daba risa. ¿Qué habrá detrás de todo esto?, se decía, mientras tomaba su mochila para luego caminar hacia la fila. No había restos de la mujer ni de la niña. Afuera empezaba a llover. Pastrana miró el avión y volvió a recordar que le daba miedo volar.

